

de Cristo. *Pedid á Nuestro Señor esta gracia, porque á quien él la hace, le hace muchas juntas que en ella se encierran.* ¡Oh, y cuántas lograríamos si no malográramos los trabajos que Dios nos envia infinitamente misericordioso!

En la Historia de los Predicadores, se refiere (*Hist. S. Domin. 4. p. l. 2. c. 30.*) que un Santo Religioso, estando enfermo, puesto en oracion y arrebatado fuera de sí, empezó á dár grandes gritos, diciendo: Señor, hasta el día del juicio; Señor, hasta el día del juicio, y lo tendré por grandísimo beneficio y regalo. Atónito al oírlo el enfermero, acudió al punto, y preguntóle, qué voces eran aquellas, y qué querian decir. A lo que respondió el enfermo: Me ha dado Dios á entender esta tarde el grande tesoro que está escondido en los trabajos, cuánto es el premio que les corresponde, y cuánta dicha es pagar aquí lo que se ha de pagar en el purgatorio; y pensando esto sentí un tan grande esfuerzo, que quisiera vivir millones de años solo por padecer trabajos; y por eso dije lo que me oíste: Señor, hasta el día del juicio, lo que tendré por grandísimo beneficio. Aliento pues, almas, y pues que nos sobran trabajos, de nuestra mano tenemos en saberlos lograr toda la dicha. Si se han de padecer, por mas que lo repugne la impaciencia, padezcámoslos de modo que nos acaudalen la gracia: si se han de sufrir, por mas que nuestra voluntad no quiera, padeciendo la pena, llevémosla de modo que la pena nos vaya formando el caudal inapreciable de la gloria. *Ad quam, etc.*

PLATICA XLI.

DE LA SATISFACCION POR MEDIO DE LAS INDULGENCIAS,
Y QUÉ COSA SEAN.

A 13 de Agosto de 1693.

LA mejor alquimia del cielo es la que hoy traigo que proponer á mi auditorio: el arte mejor, digo, de hacer oro de la tierra, de conseguir á muy poca costa un caudal imponderable, y de adquirir con muy poco trabajo riquezas infinitas. No ha fatigado poco á los ingenios la codicia de no sé quién, que les hizo creer facilmente, que de ciertos ingredientes de muy poca costa, se podía fabricar y hacer oro. ¡Oh, cuánto al oír solo nombrar el oro, inquietándose las ansias de la codicia, ha costado de penosas fatigas en el mundo este aplaudido disparate! Ese es el arte que llaman Química, y que llamarian mejor *quimérica*, en que sudando acongojados, dias y noches, á la redonda de las hornillas, alambicando mas que la sal los sesos, para formar

la que ya por el nombre conocen por piedra Filosofal, se persuaden á que pueden hacer del poco costo de mercurio un grande precio de oro finísimo; y en esto gastando lo primero el juicio, despues las fatigas, y al cabo de todo las bolsas, metidos siempre entre las llamas, apacentándose de soplos, vienen á desengañarse cuando ven todo su gastado dinero convertido en cenizas, todo el oro que esperaban desvanecido en humo y en soplos, volando deshechas todas sus cenizas. ¡Qué trabajo tan nécio, qué mal empleados gastos! Ahora pues, yo afirmo como del todo cierto, que ya hemos hallado la mejor piedra Filosofal: yo aseguro que tenemos muy fácil, á muy poca costa el hacer todo cuanto oro quisiéremos, y sin tantas fatigas: ¡quién hay que lo quiera? Pienso que serán todos.

Pues en breve digo, que eso es lo que tenemos en las indulgencias, mucho oro; oro infinito, con que pagar todas nuestras deudas; y á tan poca costa como suele ser, ya un ayuno, ya el visitar una Iglesia, ya una confesion y comunión; y así las demas diligencias, que todas son siempre tan ligeras, tan suaves, que nada nos cuestan y nos adquieren un precio inestimable.

Indulgencia, pues, es un perdon; no de los pecados, que estos han de estar antes perdonados para que pueda conseguirse la indulgencia. Es pues esta, un perdon de la pena temporal que debíamos por los pecados; y este perdon se concede fuera del Sacramento, por aplicacion del Tesoro de la Iglesia. Hemos ya visto, cuánta es la necesidad que tenemos de satisfacer por nuestras culpas; y que, ó hemos de pagar tanta deuda en esta vida con la penitencia, ó en la otra con las espantosas y terribles penas del purgatorio: ó acá

en una vida de terribles austeridades, ó allá en una pena de intolerables llamas. Ahora pues, me dirá alguno: y si mis deudas son infinitas, porque son infinitas mis culpas; si no puedo yo hacer aquellas penitencias tan prodigiosas, que sabemos que hicieron los Santos; si mis achaques me impiden; si mi pobreza me estorva; si mis negocios me embarazan; si mi estado me detiene para hacer la penitencia que debo, ¿no hay remedio, Padre, sino que lo he de padecer en el purgatorio? Digo pues, que sí lo hay, y que aquí entra la benignidad de Madre con que nos socorre nuestra Madre la Iglesia con las indulgencias: Estamos como si dijéramos, para quebrar, debiendo grandes cantidades; estamos para caer en una cárcel, donde en desventuras y miserias paguemos con el cuerpo y la vida lo que no podemos pagar con la hacienda. ¿Y qué hace benigna y amorosa nuestra Madre la Iglesia? Sale por nosotros á la paga, y con una diligencia muy fácil que nos pide, abre, franquea y desembolsa por cada uno de nosotros; ¿qué? Todo un infinito tesoro de satisfaccion, á nuestro querer, á nuestra voluntad, para que aunque debiéramos millones, los podamos pagar en un punto, y quedar libres. Eso pues, son las indulgencias. Así lo mostró el Señor á la Beata María de Cunito, en Roma.

En uno de los años de Jubileo, arrebatada en espíritu, vió una plaza muy grande, y en ella puestas muchas mesas, sobre las cuales vió inmensas riquezas; vió montones grandísimos de doblones de oro, las perlas á granel como si fueran lentejas; los diamantes y perlas preciosas, á monton como si fueran guijas; y cuando á la devota alma se le iban los ojos de la admiracion y de la curiosidad,

oyó una voz que le gritó: *El Tesoro está puesto en público; cada uno tome de él cuanto quisiere y cuanto hubiere menester.* Pues estas palabras mismas son las que nos dice la Iglesia siempre que hay un Jubileo, una indulgencia plenaria, que es casi siempre y casi todos los días. Y si son tales nuestras deudas, ¿quién no acudirá á coger de allí con qué pagar? El tesoro está puesto en público. ¿Mas qué tesoro es este? ¡Oh, Dios! ¿qué lengua bastaría á explicarlo? Es el Tesoro infinito, inagotable, inmenso, de satisfaccion de nuestro Señor Jesucristo, de cuya Sangre, si una gota sola bastaba para satisfacer por los pecados de mil mundos, ¿qué harán tantos ríos de Sangre derramada de un Dios? Allá con cinco panes dió de comer hasta satisfacerse del todo á cinco mil hombres, sin contar las mugeres y los niños; y despues de todo satisfechos, aun sobraron de los pedazos de pan doce canastas. A ese modo pues, inagotable el valor infinito de su Sangre, lo tiene atesorado la Iglesia para repartir liberal á sus hijos. Y aunque este tesoro solo bastaba y sobraba; mas porque como miembros de esta Cabeza Divina, participan de su mismo valor las obras de los Santos todos, se añade á este tesoro otro tesoro. ¿Cuánta será la satisfaccion correspondiente á los méritos de MARIA Santísima? No hay guarismo para contarla; y toda, no habiéndola menester en sí la Señora, porque no tuvo pecado, toda, toda se atesora para nuestro bien en la Iglesia. ¿Pues qué, las penitencias del Bautista? ¿qué, las austeridades espantosas de tantos millares de Santos, Confesores, Anacoretas y Vírgenes? ¿Qué, la sangre derramada, los tormentos y las muertes de tantos millones de Mártires, que no habiéndolos

menester todos en sí por satisfaccion, cuanto les sobró á ellos, todo forma el tesoro para nosotros? *Ponens in thesauris abyssos.* Abismos inmensos de tesoros.

De este tesoro pues, tiene la llave el Sumo Pontífice de la Iglesia; y este tesoro es el que nos comunica por las indulgencias, saliendo á la paga de aquella pena que nosotros debiamos pagar, ó acá, ó en el purgatorio; pero esto es con distincion, segun la voluntad del sumo Pontífice que las concede. Concede pues, unas veces cuarenta días; otras, tantas cuarentenas; otras, siete; otras, veinte años de indulgencia; otras, indulgencia plenaria y jubileo. ¿Y qué quiere decir todo esto? Cuarenta días de indulgencia, quiere decir, que si las ganamos se nos perdona toda aquella pena que se nos perdonaria si hiciéramos cuarenta días de penitencia, segun los Cánones antiguos. ¿Y cuál era esa penitencia? Eran, como ya dije en otra parte, dos ó tres ayunos á pan y agua cada semana; eran andar vestidos de saco todo ese tiempo; era no comer carne alguna, ni beber vino; era andar á pié, y no hallarse en fiestas, ni músicas, ni teatros; eran, en fin, otras muy rigurosas austeridades. ¿Pues tan poco es esto para ganarlo con doblar la rodilla ante una imagen, con decir una *Ave María*, ó con otras diligencias tan ligeras? ¿En un instante ganar cuarenta días de penitencia? ¡Oh, qué abreviar tan dichoso! Pues eso quiere decir una cuarentena de perdon; y á ese respecto el ganar tantas cuarentenas, el ganar siete años ó veinte años de indulgencia, que quiere decir que si se ganan se perdona toda aquella pena que se perdonaria con hacer veinte años de esa penitencia. ¡Oh, qué pagar tan admirable, que si hiciéramos el de-

bido concepto, no dejáramos pasar un instante sin procurar ganar esas indulgencias! Pues para que hagamos la debida estimacion, nos lo mostró Dios con este milagro.

Refiérese en las Crónicas de San Francisco, (P. 2. c. 1. c. 30. apud. Magni, *de Purg.*) que predicando Fray Bertoldo, predicador insigne, acabando una vez de predicar, llegó una señora noble y muy pobre á pedirle una limosna. ¿Qué te hé de dár? la respondió Fray Bertoldo, que no tengo que darte; pero pues me has oído predicar, yo te concedo diez días de indulgencia que el Sumo Pontífice me ha concedido que pueda dár á los que me oyen: esos te concedo; y tomando una cédula de papel, lo escribió así: *Concedió diez días de indulgencia.* Y dándole á la muger la cédula, la dijo: Anda, mira si hay quien quiera lograr para sí esa indulgencia, dándote de limosna lo que ella pesare. La muger cogió la cédula, fuese á un mercader rico, y dijole si queria darle de limosna lo que pesaba aquella indulgencia: él, echándolo á risa: sí te daré, la dijo: puso la cédula, riéndose, en una balanza: fuése aquella á pique; y ya con admiracion echó un real en la otra balanza; aun se estaba en el aire; echó dos reales, no bastaba; fué añadiendo monedas; llegó á ciento, aun pesaba mas el papelillo, y no se levantó hasta que se llenó con una gran cantidad, que era la que puntualmente había menester la muger para salir de un gran aprieto en que se hallaba. Díosela el mercader admirado, y ella salió de su aprieto. ¡Caso prodigioso! Estos solos eran diez días de indulgencia; miren si merecen estimacion.

¿Y qué estimacion merecerá una indulgencia plenaria ó plenísima, ó remision de todos los pecados?

que todo es una cosa misma con distintos nombres; y quiere decir, que el dichosísimo que la gana, queda en un punto, como el dia en que lo bautizaron. Quiero decir, no solo libre de la culpa como se supone para poder ganar la indulgencia, sino libre tambien de toda la pena que le corresponde; de modo que si en aquel punto mismo espirara, sin un instante solo de purgatorio volara en un punto á la gloria. ¿Esto oímos, y no se nos desvarata el corazon por conseguir tal dicha? ¿Esto tenemos cada dia en todas las Iglesias de México, y no se nos vá toda el alma por lograr un bien tan inexplicable? ¿Por una Confesion y Comunión bien hechas, por visitar una Iglesia, por rezar unas pocas oraciones? ¡Oh, Dios! ¿quién hay que tanta riqueza malogre?

Al dár la libertad á los esclavos, usaban los romanos darles con una vara muy suavemente dos ó tres golpes, y con esa ceremonia sola quedaban libres: dándoles á entender, que con esos dos ó tres suaves golpes se libraban de todos los azotes y miserias de la esclavitud. Pues ahora digo yo: si á este precio solo se diera acá la libertad á un esclavo, ¿con cuántas ansias la buscarian todos? ¿Cuánto pues, es mas dichosa la libertad que conseguimos, los azotes, penas y tormentos de que nos libramos con una sola indulgencia Plenaria?

¿Pero quién es el dichoso que la consigue? *Quien hace lo que en ella se manda al pie de la letra, en estado de gracia*, nos dice el Catecismo. Es pues necesario, lo primero, estar en gracia de Dios para conseguir la indulgencia, que no se puede perdonar la pena sin estar antes perdonada la culpa de que esa pena procede: en esto no hay dñda; pero preguntarán ahora: si una indulgencia Plenaria;

pongamos por ejemplo, si la indulgencia de las doctrinas, pide que antes se han de oír en aquella semana tres doctrinas; si estas se oyen estando en pecado mortal, y si uno despues, el sábado se confiesa bien y Comulga el Domingo, poniéndose ya en gracia de Dios, ¿ganará la indulgencia? Graves autores dicen que no la gana, porque aun las diligencias que manda se han de hacer estas en gracia de Dios. Otros Autores dicen que se gana; pero como no son los Autores los que han de conceder al alma el perdon de sus culpas, sino Dios, mejor será en materia que tanto vale, irse siempre á lo mas seguro. Lo mismo digo en el rezar para la indulgencia, en el ayunar si lo pide, ó en la limosna si la manda, que lo procuraremos hacer cuanto mas perfectamente pudiéremos, con toda atencion, con todo fervor, con todo cuidado, que importa mucho el quedar libre y pura el alma para poder volar en un punto á ver á Dios y gozarlo en la eternidad.

En los Anales de San Francisco se refiere, (*t. 1. l. 2. c. 5.*) que á la voz del grande y siempre célebre Jubileo de la Porciúncula, navegaron desde la Esclavonia ciento veinte personas, arriesgándose á los peligros del mar, solo por venir á conseguir la dicha de aquella indulgencia. Llegaron en fin á Santa María de los Angeles; y en el dia señalado de este Jubileo, hicieron todas sus cristianas diligencias; y estando ya para partirse de vuelta á su patria, una muger que habia venido con ellos, dándole un grande achaque, murió allí: prosiguieron ellos su viaje; y ya embarcados, se les apareció una noche aquella muger, toda rodeada de resplandores, y les dijo: No temais, que antes para vuestro consuelo me envia la Santísima Virgen Nues-

tra Señora, para que os diga que por el beneficio de la indulgencia de la Porciúncula, habiéndola ganado, al punto que allí espiré, volé al Cielo sin haber estado un solo instante en el purgatorio: dijo, y desapareció, dejándolos á todos llenos de regocijo. Esta es pues la dicha que tenemos en las indulgencias. Concluyo con este argumento: O eres inocente sin culpa, ó eres pecador. Si eres inocente, si en toda tu vida no has pecado, no hablo con tigo mas que no ganes indulgencias, pues que no teniendo culpas, ni tienes que temer las penas; pero si eres pecador, vuelvo á preguntar: ó haces toda aquella penitencia que es necesaria para satisfaccion de tus culpas, ó no lo haces. Si haces tanta penitencia, que te parezca que baste, no habrias menester mas socorro; pero si no haces penitencia, y te esperan las penas del purgatorio, ¿cuán ciego serás, cuán imprudente, cuán necio en no acaudalar con todas las ansias del alma todas cuantas indulgencias pudieres? De un enfermo á quien estando para cortarle un brazo, un pecho, ó una pierna, que lleno de horror y miedo el corazon, ve ya prevenido el brasero, los hierros ardiendo, la sierra prevenida; que en un acto tan horrible no le cabe el alma en el cuerpo; si entrara uno y le dijera: Con mucho mas fácil remedio quedarás sano, sin dolor ninguno, sin tormento, ¿qué no abrazaría él al punto por librarse de aquel horror y de aquel tormento? Pues, ¿y qué, si le dijeran: con un poco de agua rosada, con ponerte saliva quedarás sano y libre de que te corten el brazo ó de que te asierren la pierna?—¿Con un remedio tan fácil?—Sí.—¿Lo haría, pues? Ya se vé. Algo explica eso de lo que con infinito mas valor hacen las indulgencias, librándonos de los tormentos del pur-

gatorio; y pues es tan fácil la paga, logremos con toda diligencia el escapar los tormentos de tan terribles penas, y el abreviar así los pasos á la gloria.

DEL SANTISIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA.

PLATICA XLII.

DE LA SOBERANA INSTITUCION Y NOMBRES DE ESTE SANTISIMO SACRAMENTO.

A 25 de Abril, año de 1694.

POCA materia le pareció á Estesicrates, famoso escultor de la Grecia, para representar á Alejandro en una estatua, todos cuantos cortados mármoles ó pórfidos servian para formar los mas agigantados Colosos. Pequeños retratos decia, vulgares tallas, que si en la proporcion imitan al semblante, no expresan todavía con lo abultado de la copia, del original lo grande. Y por eso emprendió, dice Plutarco, hacer no menos que todo el monte Athos, que llegaba con la cumbre hasta los cielos, toda una estatua de Alejandro. Empresa, que si fué animosa en la idea, le dejó luego impo-